

Caridad bien entendida.

1-151

Cop.

Q ("Madrid Cómico", Madrid, 26 noviembre 1898)

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II



ORDENADA
Caridad bien entendida

Aunaba D. Eleuterio, á una honda filantropía trascendental, un clarísimo concepto de la función de la beneficencia en la sociedad, por lo cual, encauzados sus sentimientos altruistas en una severa disciplina racional, ganaban en intensidad lo que en extensión parecieran perder. Cuanto más ahondaba en ello don Eleuterio, menos veía la diferencia radical entre la caridad y la justicia, como no la veía entre la libertad y el órden, reputando pura licencia el dar limosna á ojos ciegos al primer pordiosero con quien se tope, dándosela por mera satisfacción irracional de un sentimiento ciego. Caridad desordenada no era caridad, sino dañino sentimentalismo.

Pertenecía D. Eleuterio á varias sociedades de beneficencia y poseía una regular biblioteca de obras acerca de este ramo, atestadas de instructivas tablas estadísticas. Creía que los pobres reciben y deben recibir en los Hospicios y Asilos, más bien que medios de vida, disciplina social, siendo tales institutos un derivativo á las funestas consecuencias de la ley de Malthus, ley en que creía á pies juntillas.

Cuando el espectáculo de alguna miseria callejera llegaba á tocarle de tal modo en las entrañas que sintiese el irracional prurito de echar mano al bolsillo, solía refrenarse al punto y consolarse en imaginar que no era el dolor del pobre mendigo tan grande como parecía, porque embotado el paciente con su penuria y endurecido por los rigores de la suerte, se saturaba pronto de dolor, quedándole pocas afinidades libres para él; y pensaba además D. Eleuterio que muchas quejas eran, cuando no comedia y fingimiento, por lo menos puros fenómenos, reflejos á los que no acompañaba doloroso estado alguno de conciencia.

Paseábase una noche el benéfico D. Eleuterio en compañía de sus sesudas opiniones y meditando cierta reforma en el Hospicio de Huérfanos, de cuya Junta era presidente, y prolongaba distraído su paseo por las afueras de la ciudad, al entrar de la noche, cuando interrumpió el curso de sus meditaciones una voz que le dijo melosamente:

- Una limosnita por amor de Dios, caballero ..
- Perdone, hermano— contestó D. Eleuterio, confesando, sin darse cuenta de ello, su pecado, al pedir perdón de él.
- Señorito, por favor, que no he comido...
- Pero habrás bebido...—replicóle amostazado de que le hubiese hecho perder el hilo de sus reflexiones.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

1.5.2/192

Caridad bien entendida.



2

El pordiosero se le acercó entonces; vió D. Eleuterio que le miraban unos ojos mortecinos, que recorrían éstos luego el contorno, y por fin brilló una hoja de navaja á tiempo que la voz del mendigo se hacía seca y dura para decirle:

— ¡Ea! ¡Vengan los cuartos y me los beberé!

Sintió el filántropo que se le desmadejaba el cuerpo, que el corazón le oprimía la garganta y que se le turbaba la vista, y balbuceando: «¡Espere, espere, por Dios! ¡Qué barbaridad!», empezó á sacar cuanto de algún valor llevaba consigo.

— ¡Buenas noches, y que usted descanse! — le dijo el pedigüeño una vez cobrado, y desapareció en la obscuridad.

Repúsose D. Eleuterio, y olvidado de la reforma del Hospicio de Huérfanos, de cuya Junta era presidente, se decía: ~~...~~

— ¡Dios mio! ¡De buena me he librado!... ¿Cuál no será el miserable estado de estos infelices cuando les pone así á dos pasos del crimen? He evitado un crimen mayor que el robo... ¿Cuál no será su necesidad? Es preferible que sean pordioseros, mendigos, vagos, á no que den en criminales, ladrones, asesinos tal vez... Y el pobre, ¡qué cortés se me ha despedido! Tal vez no tengan que cenar sus hijos, mientras mis huérfanos...

Siguió D. Eleuterio el curso de sus reflexiones meditando en la limosna callejera y desordenada, fructificó en él el instintivo «perdone, hermano» con que respondiera de primeras al mendigo; alzóse su atrición á contrición y cambió sinceramente de opiniones respecto á la beneficencia. De tal modo ha cambiado de ideas y ha ampliado sus puntos de vista, que cuando ahora se encuentra algún mendigo no deja de darle limosna, sobre todo si es de noche, pareciéndole siempre al hacerlo que ve brillar en el espacio algo decisivo, el rayo de luz de su conversión.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

1.5.3/92